SOCIEDAD UNIÓN IBERO-AMERICANA

DISCURSOS PRONUNCIADOS

EN EL ACTO SOLEMNE DE LA INAUGURACIÓN DEL NUEVO DOMICILIO SOCIAL

la noche del 14 de Mayo último.

ABIERTA la sesión á las diez de la noche, bajo la presidencia del Excmo. Sr. D. Aureliano Linares Rivas, Ministro de Fomento, dijo:

El Sr. Presidente: Señores, siento una profunda emoción; no es que estén mis sentidos perturbados por alguna causa más ó menos grave, sino que es de esas emociones que nacen en el alma y embargan el espíritu, porque paréceme que pocas fiestas, pocas solemnidades se habrán celebrado en este país, que con apariencia tan modesta y sencilla, hayan de tener una resonancia y trascendencia tan grande para los altos intereses de la patria.

Como á todas las cosas importantes, sucédele á ésta que tiene un origen y un nacimiento casi humilde; pero por lo mismo, espero, y espero confiadamente, que sus consecuencias han de ser tan vastas que será verdaderamente un motivo de satisfacción y orgullo el de recordar este nacimiento que ahora, como acabo de indicar, es tan humilde y modesto.

La solemnidad de esta noche no es una solemnidad de familia, no es una solemnidad política ni científica, es ciertamente una de las más grandes solemnidades internacionales que pueden haberse imaginado, y cuya realización era de absoluta necesidad en estos tiempos. Era una aspiración de todos los españoles, y entiendo también, y me lisonjea decirlo, que era una aspiración de todos los americanos, el llegar á fundirse como lo estuvieron un tiempo en afectos, en inclinaciones, en

© CSIC / UNIA. El Centenario: Revista ilustrada (Madrid, 1892-1893). Tomo I.

actos, en manifestaciones de carácter exterior que pudieran tener su trascendencia é importar mucho á todos los países de América y á nuestra patria española.

Los pueblos que han sido dominadores, como le sucedió á España, sobre todo en el siglo XVI, tienen que someterse á las consecuencias inevitables y rigurosas de esa dominación misma. Rota y quebrantada al cabo de más ó menos tiempo por vicisitudes y consecuencias que son siempre fatales en la historia de la humanidad y que llevan tras de sí un período largo de zozobras y enemistades, y hasta de rencores si se quiere, es menester dejar que estos sentimientos naturales é inevitables se apaciguen para que llegue el tiempo de la reacción también natural, y entonces á esos sentimientos de hostilidad y malevolencia, ó si queréis, de indiferencia en muchos casos, sucedan otros sentimientos de amistad y simpatía, otros sentimientos de mutuo y legítimo interés que son los que pueden hacer la felicidad de los pueblos.

Yo creo (y aunque suelo no echarla de profeta, entiendo que no me equivoco en este istante), creo, digo, que ha llegado el momento feliz de que todas esas pequeñas diferencias y desacuerdos, que todos esos pequeños y malos recuerdos hayan desaparecido completamente, que por el común convencimiento é intéres todos estamos unidos en una sola y grande idea, en la sola y grande idea de que para España y América no puede haber diferencias, sino solicitud para hacer el bien común de uno y de otro país, y no puede haber más que unión y concordia, perfecta y cariñosa, esa concordia que nace de saber, ante todo y sobre todo, que somos hermanos: *(Muy bien. Aplausos.)*

Paréceme, señores, que el caso bien valía la pena de que una voz más elocuente que la mía, trazara este cuadro que es por sí solo sublime; el cuadro que resulta de nuestra antigua separación é indiferencia, y de nuestro anterior antagonismo, al lado de este momento, de este presente tan feliz en que todo aquello ha desaparecido de raíz del corazón, y no vemos ya más que á aquellos que hemos nacido de la misma madre, poseemos la misma lengua, las mismas costumbres, así como también los mismos defectos y pasiones, teniendo en el mundo el mismo porvenir que llenar.

Con ocasión de aproximarse uno de los recuerdos y momentos más grandes del mundo, si no el más grande, la conmemoración del descubrimiento del Nuevo Continente, del suceso que más honda perturbación y más felices consecuencias ha tenido en el orbe; con ocasión, repito, de este fausto y admirable acontecimiento, habíamos creído que estábamos en el caso de hacer de este suceso mismo, del recuerdo que evoca y mantiene perenne en nuestra alma, algo que dejara, no un efecto fugaz y pasajero, sino algo estable, definitivo y permanente, algo que pudiera siempre recordarse con orgullo y placer en el corazón de los americanos y en la memoria de los americanos y de los españoles también. *(Aplausos.)*

Grandes dificultades ofrecía esto, señores: grandes dificultades, porque era atrevimiento excesivo tomar la iniciativa en obra de tanta importancia y magnitud. Parecía osadía y atrevimiento grande, y aun pudiera por alguien sospecharse que era anticiparse un tanto á sucesos que todavía no han llegado á su completa madurez; pero

© CSIC / UNIA. El Centenario: Revista ilustrada (Madrid, 1892-1893). Tomo I.

bien pensado todo, era menester que alguien se atreviera, no aislada, sino colectivamente, á tomar esa iniciativa, á romper el hielo por decirlo así, y llegar á realizar un acto solemne, que estaba en los labios, en la intención de todo el mundo, porque los españoles y americanos no tenemos en todas partes, unos para otros, más que palabras de benevolencia, expresión y concepto de afectos y deseos expresados con más ó menos viveza tal vez, pero que pueden concentrarse en un acto solemne, dando una prueba al mundo de que tal es la verdad y consignando hoy de una manera clara que de aquí en adelante entre América y España no habrá más que relaciones naturales de afecto y motivos de concordia, de paz y de amistad, y todo aquello que es menester para el desarrollo de los grandes intereses que deben cruzarse entre América y España, que hasta hoy, si así puede decirse, están como vírgenes y sin tocar. *(Muy bien. Aplausos.)*

Por eso ahogamos el desfallecimiento natural que sentimos al principio, y aunque la obra era demasiado grande, prevaleció el afán de realizarla, considerándola del más alto beneficio y del más extraordinario interés para la patria y para América; y entonces, sin que ninguna personalidad se ostentara, sin que ningún nombre se pusiera delante, acudimos con el lema de la *Unión Ibero-Americana* muchos españoles, muchos por cierto, ansiosos de contribuir á esta obra benemérita, y hemos puesto todo nuestro empeño en que llegara el momento de realizar el acto que felizmente se está realizando esta noche.

Teníamos la seguridad absoluta y la confianza perfecta de que las naciones americanas, representadas tan dignamente por los individuos que hoy nos honran con su presencia, lejos de desatender nuestra invitación, habían de acogerla solícitos, con verdadero afán y verdadero interés de contribuir á esta obra, que no es obra nuestra aislada, sino que es común de los pueblos de América y de los pueblos de España. Teníamos la seguridad absoluta de que en el corazón de todos los Representantes de América, que no hacen más que repercutir los sentimientos de sus representados, habría de caber holgadamente la gran idea de que, con motivo del Centenario del Descubrimiento del Nuevo Mundo, quedase no el recuerdo de una fiesta más ó menos brillante, sino este otro recuerdo imperecedero: el recuerdo de nuestra amistad íntima, de nuestra amistad no conservada dentro del pecho sino manifestada por actos exteriores de fraternidad, que de hoy en adelante ha de ejercitarse de continuo y ha de producir excelentes resultados; no sólo en las relaciones benévolas de pueblo á pueblo, sino en aquellas otras que son anejas y vienen en pos de la amistad, cuales son las del interés recíproco para América y para España, interés legítimo y noble que puede desarrollar grandes riquezas y producir inmensos beneficios para los pueblos de allá y para los pueblos de acá de los mares. *(Muy bien, muy bien. Aplausos.)*

Quiero ser breve por no molestaros, y voy á concluir.

Al ver reunidos á los señores Representantes de América no puedo menos de enviarles un saludo con frases cariñosas, y quisiera poseer todas las de mi rica lengua

© CSIC / UNIA. El Centenario: Revista ilustrada (Madrid, 1892-1893). Tomo I.

castellana para expresarles más profundamente el afecto y consideración con que esta noche aquí se les recibe, tomando aunque esta Sociedad es humilde, el nombre de la Patria, ya que nadie ha de desmentirme, antes al contrario, todos habréis de acogerlo con cariño; para expresarles el testimonio de nuestra sincera amistad; y aun me lisonjeo que algunos de los señores que á mi lado se sientan y á quienes invito á que así lo hagan, han de exponer en nuestra gallarda y sonora lengua española, sentimientos parecidos á los que de modo tan pobre acabo de expresar. *(Aplausos.)*

La *Unión Ibero-Americana* tiene por objeto instalar en Madrid una casa que sea al propio tiempo de españoles y americanos. De hoy en adelante, todo americano que surque los mares y venga á Madrid, encontrará su propio domicilio en esta casa; aquí se les recibirá con afecto y cariño; aquí se procurará facilitarle todas aquellas cosas que son gratas á un extranjero y que no siempre, cuando se viaja rápidamente por países extraños, son fáciles de obtener. Nosotros nos honramos con poseer, no una biblioteca selecta y numerosa porque estamos empezando, pero creemos que este ha de ser terreno de simiente que dará frutos prodigiosos aun cuando ahora no sea más que el germen; mas tenemos casa que es lo indispensable y práctico para un americano al objeto de que no se haga sentir la ocasión del tiempo y la distancia. Tenemos una excelente colección de periódicos y revistas de aquellos países, que procuraremos aumentar, no obstante de que por el momento es suficiente para satisfacer aquellas exigencias más perentorias y apremiantes.

Aquí, pues, repito, encontrarán no sólo el corazón de los españoles y la acogida afectuosa á que tienen derecho como hermanos nuestros, sino que en esta casa podrán tomar todas aquellas noticias y recuerdos de su país gratos é indispensables.

El objeto de esta asociación que deseamos ver engrandecida y tenemos la confianza, y más que la confianza la seguridad de que, en efecto, se ha de engrandecer, el objeto de esta asociación, digo, es tan vasto que iba á decir, si no pareciera hiperbólico, que casi no cabe en la tierra. Empezando por la unión y afecto de los americanos y españoles, pretende esta Unión Ibero-Americana ser como el centro, ser como el paladín y el sostén constante de todas aquellas ideas, de todos aquellos intereses que puedan afectar de alguna manera á cualquiera de las regiones de América y á cualquiera de las regiones de España, á las regiones enteras de América y á este país entero.

De suerte, que en menos palabras creo yo que no puede expresarse cosa que tanto abarca; y aunque parezca pretenciosa esta idea y parezca pretencioso este deseo, visto el noble propósito que lo inspira, podremos por lo menos disculparlo; pero entiendo que los que estamos aquí reunidos consideramos indispensable alentarlo, para que esta Sociedad llegue en un momento á un feliz término.

Consideramos también como una gran ventaja, el que tomando esta Sociedad como pretexto, sirviendo ella misma de núcleo, ó apartándose de ella pero reconociendo la necesidad que esta asociación siente, hubiese quien más adelante, con más medios y más fortuna, pudiera realizar la empresa que nosotros acaso no podamos

© CSIC / UNIA. El Centenario: Revista ilustrada (Madrid, 1892-1893). Tomo I.

llevar á término. Si esto fuera así, no habría de pesarnos; nosotros queremos excitar esta pasividad que hasta aquí ha dominado, convirtiéndola en una gran actividad para todos los fines humanos que tiendan á realizar el bien; y esto podrá hacerlo á nuestra sombra, dentro de nuestra Sociedad, tomando pretexto de esta Sociedad misma, de cualquier manera en fin, quien, repito, se encuentre con ánimos, con fuerzas y con medios para ello.

Debo hablar también y dedicar breves instantes á un país que es vecino nuestro, que es nuestro hermano y que también ha padecido, y no sé si aun padece, achaques de discordias, desafectos y prevenciones, aunque ya en estos últimos tiempos se han amortiguado, y que es preciso que se borren por completo, para que entre ellos y nosotros y América, haya la más absoluta confraternidad. Me refiero, como ya habréis comprendido, al vecino reino de Portugal, hermano nuestro por la sangre, por la historia, por la tradición; hermano nuestro por los fines comunes que hay que realizar en la vida.

No es posible decir, sin exagerar, que estamos alejados ó apartados de Portugal, no; no solamente entre los Gobiernos hay siempre las más cordiales relaciones, sino que entre los individuos de una y otra nación puede haber, no desafecto, sino apartamiento é indiferencia, efecto de circunstancias que no son del momento, pero que cada día se van amortiguando. El objeto de esta Sociedad es aproximar el instante en que estas diferencias desaparezcan y lleguen, como acabo de decir, á constituir una sola y única familia los americanos, los portugueses y los españoles. *(Aplausos.)*

No puedo sentarme, señores, sin dedicar algún recuerdo que todos vosotros repetiréis, comprendiendo perfectamente cuál es el móvil nobilísimo que me impulsa á invocarlo; un primer recuerdo de justicia debida y tributo natural que no podría apartarme de este sitio sin invocarlo, para los Sres. Presidentes de las Repúblicas hispano-americanas, cuyos Gobiernos y cuyos Presidentes mismos están aquí tan dignamente representados. Yo, en nombre de España entera, en nombre de esta Sociedad especialmente, les envío desde aquí el testimonio más sincero y respetuoso de mi adhesión y afecto. Yo les dirijo este testimonio por la respetabilidad que tienen sus cargos y por la respetabilidad que tienen las personas; y además se lo dirijo para que resuene en su alma como un estímulo, aunque ciertamente no han de necesitarlo; pero, en fin, como un estímulo para que contribuyan á esta gran obra en que es menester el concurso de todos los españoles y la cooperación de todos los americanos.

Yo dirijo también este testimonio mío á SS. MM. los Reyes de Portugal cuya benevolencia y simpatía hacia España nunca se ha desmentido, y que tan poderosos é importantes pueden ser para contribuir á borrar los últimas diferencias que puedan existir, no de nación á nación, sino entre los individuos de un país y otro, tal vez por no conocerse bastante y no apreciar bastante bien sus intereses; y también lo dirijo á S. M. el Rey de España y á su augusta madre que como saben todos los señores Representantes de América (y no hablo de los españoles porque no habrá

© CSIC / UNIA. El Centenario: Revista ilustrada (Madrid, 1892-1893). Tomo I.

ninguno que lo ignore), tiene siempre una extraordinaria complacencia en adelantarse, en promover y ponerse al frente de todo cuanto contribuye á la grandeza y prosperidad de la nación española. *(Aplausos.)*

Después de estos recuerdos, yo me doy el parabién; tengo el día de más satisfacción que haya podido contar entre las satisfacciones de mi vida. Al verme rodeado de tantos Representantes ilustres de América y de tantos españoles ilustres también que vienen á dar aquí una muestra expresiva, clara y terminante de cuán dispuestos se hallan á contribuir á los altos fines para que ha sido fundada la *Unión Ibero-Americana*; yo les doy las gracias á todos y les digo, aun cuando creo que no hay necesidad de decirlo, que esta es su casa y este su corazón, y que cuando adviertan el primer desvío, tengan la bondad de indicarlo, porque sería un día que habríamos de señalar con piedra negra en la historia de la sociedad española. *(Muy bien. Aplausos.)*

Ahora, señores, permitidme que cometa un abuso de confianza.

Entre las dignísimas personas que han honrado este acto con su presencia, hállase una, por más que todos ciertamente podíais ocupar esta Presidencia mejor que yo; pero hállase una que por circunstancias especiales no puede guardar silencio en esta noche. Me refiero al Sr. Ministro de Ultramar; y cometido ya el abuso de confianza de que hablé y creyendo firmemente que los dignos Representantes que ostentan aquí los intereses de una buena parte de América, no pueden tampoco permanecer en silencio, me siento dándoos gracias por la benevolencia con que me habéis escuchado. *(Grandes y prolongados aplausos.)*

El Excmo. Sr. D. Francisco Romero Robledo, *Ministro de Ultramar:* Señores, no me he encontrado jamás en situación parecida; creí mi situación clara y despejada, por no contar con la invitación, que no llamaré abuso de confianza, que atentamente me ha dirigido mi digno amigo y compañero el Sr. Presidente de esta Sociedad, que me obliga á levantarme á hablar en momentos tan solemnes, más propios para sentir la pura emoción del alma que para dar fórmula al pensamiento.

Por lo demás, ¿qué he de decir, señores Representantes, sino repetir débilmente las manifestaciones hechas por el Sr. Presidente de esta asociación? Yo entiendo, con ser muy nobles, levantados y patrióticos los propósitos de los socios que se han reunido para procurar una acogida fraternal á los americanos que nos visiten con motivo de la conmemoración del descubrimiento de América ó del descubridor de América; yo entiendo, digo, que este acto no va á ser causa de ninguna corriente de simpatía, por cuanto, á mi modo de ver, es efecto de esa misma simpatía.

El fin de esta Sociedad es ciertamente modesto. Tiene la importancia que revela un cambio de sentimientos, una reconciliación en estrecho abrazo entre individuos de una familia, que viven divididos por los azares de los tiempos y por circunstancias que pertenecen á la historia. En plazo breve ha de conmemorarse el Centenario del inmortal Colón, de aquel que conquistó á América para los pueblos que hoy comba-

© CSIC / UNIA. El Centenario: Revista ilustrada (Madrid, 1892-1893). Tomo I.

ten, luchan y viven por la felicidad de todos, que si la conquistó en un principio para gloria de la nación española, hoy ve en los americanos su propia sangre, su historia, su carácter, su lengua, verdaderos miembros de una familia que, si llegado el momento de la emancipación hubieron de luchar con nuestros antecesores, ya una vez establecida su independencia y reconocida por la madre patria, vuelven á estrechar nuestras manos uniendo su corazón al nuestro en un solo y mismo sentimiento. *(Grandes aplausos.)*

¿Cuál puede ser la misión de esta Sociedad de españoles y americanos? Está condensada en esta hermosa tendencia: en influir con sus Gobiernos, porque si el cambio de sentimientos individuales conduce indudablemente á extender las corrientes de simpatía, en las relaciones de los Estados y de los pueblos son los Gobiernos los que deben ser intérpretes de esos sentimientos é intereses, y darles base para crear la prosperidad recíproca y para que entren en ese concierto de intereses, de ideas y de porvenir.

Parecerá extraño que estando aquí por circunstancias de momento dos Ministros del actual Gobierno de España, hable yo de la influencia que debemos ejercer unos y otros sobre los Gobiernos de nuestros países, pero como en el régimen nuestro y como en el régimen americano, las personas de los Ministros no significan nada y son transitorios en su significación de determinado momento, de ahí el que influyamos en las ideas de los Gobiernos, para que todos los partidos, lo mismo el que hoy gobierna que los que gobiernen mañana, estén unidos en un mismo sentimiento; en el de fomentar y concertar la inteligencia entre aquellos nuestros hermanos de los pueblos de las Repúblicas americanas y los que vivimos en esta honrada nación, que tiene en su historia la gloria de haber descubierto á América y de haberla conquistado para la civilización y para el bien del período actual. *(Muy bien. Aplausos.)*

Perdónenme los que me escuchan; ya lo estoy demostrando. Me encuentro en una situación difícil como he dicho al principio, porque me he levantado sin pensamiento ninguno. Voy á sentarme haciendo los más sinceros votos, porque el hecho modesto de esta reunión y de esta Sociedad tenga consecuencias grandes para desarrollar y fortificar los sentimientos de simpatía entre los americanos y españoles, sentimientos que deben traducirse en tratados comerciales, en vínculos de intereses, porque no hay que negar las realidades de la vida, y éstas exigen que no todo quede en el terreno de las ideas, sino que es necesario que se traduzcan en hechos favorables á la vida nacional de estos países y de estos pueblos. Perdónenme, repito, los que me escuchan, y no quiero prolongar la mortificación que con esta deshilvanada improvisación os ha impuesto nuestro dignísimo Presidente; por eso termino. *(Grandes aplausos.)*

El Sr. Peralta (Don Manuel): Señores, mis honorables colegas me han impuesto la gratísima tarea de responder al magnífico discurso del Sr. Presidente. Siento diferir un tanto en su punto de partida. Para nosotros esta es una verdadera fiesta de familia.

© CSIC / UNIA. El Centenario: Revista ilustrada (Madrid, 1892-1893). Tomo I.

Estamos entre hermanos, venimos aquí á respirar el patrio ambiente, á celebrar comunes glorias y á fortalecernos con la noble esperanza de un porvenir no menos grandioso y más feliz que nuestro pasado.

Tuvo España la dicha sin igual de realizar la visión profética de su gran filósofo cordobés, que adivinó la existencia de un nuevo mundo más allá de las nieblas de la última Thule, y la vara mágica de la sibila cristiana, al conjuro de la grande Isabel, hizo brotar del seno de los mares, más hermosa, más bella, más henchida de aromas y de armonías que los jardines de Armida, la tierra americana.

Aquellos varones atrevidos que pasearon triunfalmente de polo á polo la bandera española, plantando á su sombra la Cruz ó grabándola con la punta de su espada en la corteza de los árboles, en señal de posesión, eran vuestros padres y eran los nuestros.

Aquellos héroes de la paz y de la guerra, que desde el cabo Mendocino hasta las Tierras Magallánicas regaron la simiente de la civilización, y la fecundaron con su sangre, llamábanse Cortés, Alvarado, Mendoza, Pizarro, Solís, Jiménez, Palacio, Bernal Díaz, nombres todos que os son familiares y que con nuevo fulgor brillan hoy en ésta como en la Nueva España.

Ved cómo el actual gobernante de México lleva el nombre de aquel soldado cronista, Bernal Díaz, primer Regidor de la ciudad de Guatemala. Esto mismo acontece desde Anahuac hasta los confines australes del Continente; y así como hoy ciñe sus sienes augustas con la corona de la Reina Católica una nieta de Carlos V, así ocupan sus propios descendientes el sitial de los Virreyes y Capitanes Generales de los Carlos y Felipes de Austria y de Borbón.

La elocuencia de este hecho es decisiva.

Ni las pasiones de los hombres, ni los obstáculos de la naturaleza lograrán jamás desconocerlo; España y América podrán decir siempre una á otra. «Esta es carne de mi carne y hueso de mis huesos.»

Dia vendrá en que, gracias á las conquistas de la civilización en el orden físico como en el orden social, se cumplirá el mandato evangélico: «No separe el hombre lo que Dios ha unido.»

Tal es la misión que se ha impuesto la *Unión Ibero-Americana*. La voz de la sangre ha respondido en ella á la voz del Evangelio, y con generosísima intuición ha visto ya disiparse las nubes que impedían á los hermanos de opuestas playas reconocerse y abrazarse.

Estamos viendo cómo se transforman las cosas, cómo desaparecen las distancias, cómo las condiciones todas de la vida social se modifican, merced al progreso incesante de las ideas y á la sed insaciable de ensayos y de incógnitas por resolver que aquejan al hombre, mas ¿cuándo habéis visto, ni dónde veis hoy que se consideren como extraños pueblos que hablan la misma lengua? Enemigos alguna vez, pero siempre hermanos.

Esta fraternidad es la que se propone consolidar la Sociedad que hoy nos acoge

© CSIC / UNIA. El Centenario: Revista ilustrada (Madrid, 1892-1893). Tomo I.

tan cariñosa y espléndidamente en la casa paterna. Á ella responde América con un abrazo mental, con una aspiración de lo más íntimo, porque la nacionalidad ibérica de ambos mundos llegue á ser por el amor y por la libertad, *e pluribus unum*. *(Grandes aplausos.)*

Manuel Mor Peralta

El Sr. Romero Robledo: Ahora voy á hablar sin que nadie me estimule para ello, y voy á hacerlo para invitar el Sr. Marqués de la Vega de Armi o y al señor Don Gaspar Núñez de Arce, por la importancia política que tienen en nuestro país y por pertenecer á otro partido que ha gobernado y que seguramente volverá á gobernar, para que ellos también dirijan la palabra, y nos den la seguridad de que los sentimientos del momento actual no han de encontrar enemigos ni hostilidades en aquellos que nos sucedan. *(Muy bien, muy bien.)*

© CSIC / UNIA. El Centenario: Revista ilustrada (Madrid, 1892-1893). Tomo I.

El Sr. Marqués de la Vega de Armijo: Si era difícil la situación del señor Ministro de Ultramar, con esa facilidad grande que tiene en todas ocasiones para hacerse oir con gusto de todos hasta de su propios adversarios, ¿cuál ha de ser la mía que no contaba con esta indicación de S. S. en un momento tan solemne? En mi corazón saben los Ses. Representantes de las Repúblicas americanas que yo acogí con el mayor gusto desde el principio, desde 1881, este momento de fraternidad que tiene lugar en el día de hoy. Por eso, á pesar de mis desdichas actuales, y rompiendo con la situación penosa en que me encuentro, he venido á este sitio, porque no quería faltar en tan solemne acto, á manifestar con mi corazón y con mi pobrísima palabra en este momento por la excitación del señor Ministro de Ultramar para que se supiera que, en nombre de mis amigos, yo reconocía este como uno de los más grandes actos que puede la nación española realizar para su porvenir en próximos días de felicidad para las naciones americana y para España, que todo lo que América haga, todo lo que nuestra antigua América pueda hacer, es para nosotros la mayor de las satisfacciones como consecuencia natural y legítima de que vemos en ella la patria de nuestros hijos. *(Aplausos.)*

Creo, señores, que después de estas palabras que, más que de los labios, me salen del corazón, comprenderéis que sólo me he levantado para corresponder á la galante invitación que el Sr. Ministro de Ultramar me había hecho. Por lo demás, con mi corazón estoy siempre al lado de todas las Repúblicas americanas. *(Muy bien, muy bien. Aplausos.)*

El Sr. Núñez de Arce (D. Garpar): Debo empezar repitiendo las mismas palabras de mi digno amigo el Sr. Marqués de la Vega de Armijo. Si personas tan avezadas á las luchas parlamentarias, á la discusión viva y ardiente en las Cortes, tropiezan con las dificultades con que han tropezado aquí los señores que me han precedido en el uso de la palabra, ¿qué me ha de suceder á mí que, como saben cuantos me oyen, carezco en absoluto de dotes oratorias? Hablo pues en debida obediencia al Sr. Presidente, y cediendo á la presión que sobre mí ejercen los amigos, para expresar una vez más el deseo que me anima de contribuir, en cuanto esté de mi parte, á estrechar los vínculos de amor entre los pueblos americanos y España.

Esta no es una idea que nace en mí de momento; la he profesado siempre, y he trabajado por ella cuanto me ha sido posible, sin tener en cuenta la debilidad de mis fuerzas, y respondiendo á los impulsos de mi voluntad, que en este punto no ha flaqueado nunca. He cumplido y cumplo al hacerlo, no sólo con las inspiraciones de mi patriotismo, que bastan para mover mi ánimo, sino con un deber de gratitud, porque de los pueblos americanos, en mi ya larga vida literaria, no he recibido más que manifestaciones de estimación y cariño, y sería un ingrato si no respondiera á ellas con la expresión de los mismos sentimientos.

Naturales transformaciones que traen para la vida de las sociedades humanas las corrientes impetuosas de los tiempos, han hecho que allí donde se levantaba nuestro vasto imperio colonial, hayan surgido diez y seis Estados libres, independientes y so-

© CSIC / UNIA. El Centenario: Revista ilustrada (Madrid, 1892-1893). Tomo I.

beranos, llamados á un gran porvenir en la historia. Nadie podrá arrancar á España la gloria de haber sido su fecunda madre, sólo comparable en la virtud prolífica, para crear naciones, con la antigua Roma. Hasta llegar á constituir definitivamente el nuevo Estado de derecho, luchamos todos con la constancia y la energía características de la raza española; pero vencedores ó vencidos, lo fuimos por nosotros mismos, y hoy, en el seno de la paz, podemos confundirnos, sin humillación, en fraternal abrazo, como miembros de una misma familia. Porque no creáis que la formación de esos diez y seis Estados libres é independientes ha roto ni por un solo día la unidad fundamental de la nacionalidad española en ambos hemisferios. ¿Sabéis por qué? Porque hay un vínculo que los hombres, ni aun en los arrebatos de sus iras pueden romper, y es el vínculo íntimo y sustancial del idioma. La unidad de la lengua trae como aparejada la unidad de los sentimientos; los pueblos que se entienden en el mismo verbo, nunca son extraños entre sí, y bien puede afirmarse que se prolongan más allá de sus fronteras naturales, porque unos y otros viven dentro del mismo ambiente intelectual.

Los escritores americanos dilatan hasta aquí su patria, como los escritores españoles dilatan también la suya más allá del Atlántico. Las obras que se producen en América son tan nuestras, por el espíritu y por la forma, como americanas son las que ven la primera luz en la Península; y en este sentido sostengo que España y los diez y seis Estados americanos que hablan la lengua castellana, constituyen todavía, en el orden literario, una sola, una compacta y gloriosa nacionalidad. Por tanto, todo lo que contribuya á que ese lazo, que jamás se ha roto, se fortalezca y estreche aún más, es trabajo meritorio que en primer término está llamado á realizar la *Unión Ibero-Americana*.

Por lo que á mí toca, dispuesto estoy á hacer en este terreno, como lo he hecho hasta ahora, cuanto de mí dependa. Testigos son de ello los Sres. Ministros americanos, con quien me liga la más cariñosa amistad y á quienes veo animados de los mismos sentimientos que á mí me animan. Sigamos, pues, todos por este camino, seguros de que no está lejano el día en que se logren por completo en todos los órdenes de la vida social los generosos propósitos que tan elocuentemente ha expuesto en esta solemne ocasión el Sr. Presidente de la *Unión Ibero-Americana*. *(Muy bien, muy bien. Grandes aplausos.)*

El Sr. Romero Robledo: Yo voy á hacer con mis amigos los Sres. Marqués de la Vega de Armijo y Núñez de Arce lo que el Sr. Presidente no ha hecho conmigo, y los que me escuchan han de permitirme que hable con esta franqueza, puesto que hemos convenido, sobre todo después de las elocuentísimas palabras del Sr. Peralta, que aquí estamos en familia. Por tanto, después de darle las gracias por haber correspondido á mi invitación, me voy á permitir hacer otra final. Es imposible que nosotros nos separemos de este sitio sin que oigamos unas palabras de adhesión de los labios del valiente soldado, hombre político importantísimo, que ha fiado siempre sus éxitos más que á la política, á su valor personal y á su espada, y es necesario

© CSIC / UNIA. El Centenario: Revista ilustrada (Madrid, 1892-1893). Tomo I.

que diga unas palabras y haga un voto con nosotros el Sr. General Martínez Campos, no silenciosamente como con seguridad lo está haciendo, sino públicamente por el fin que persigue esta Sociedad.

El Sr. General Martínez Campos: Me limito á hacer el voto que ha indicado el Sr. Ministro de Ultramar, debiendo añadir que he sido el Presidente del Consejo de Ministros que más ha procurado, cuando ha habido ocasión, la buena armonía entre el Perú y España, para lo cual venía trabajando, así como también respecto de otras Repúblicas norte-americanas durante mi mando de la isla de Cuba, porque sentía la necesidad de que las diferencias que existían entre España y las Repúblicas americanas cesaran, pues por experiencia conocía los casos de conflictos ocurridos durante la guerra de Cuba.

Además, he tenido la dicha de mandar á su país todos los prisioneros que hice de Colombia, para que allí dieran muestra de que no era el odio español, como podía suponerse, la causa de estar cortadas nuestras relaciones.

Mi padre y mi familia pelearon en América; yo he peleado también allí y tengo un cariño inmenso hacia aquel pedazo de tierra que se llama isla de Cuba. Por tanto, me uno á los sentimientos de fraternidad y de cariño y en el deseo de que se consoliden nuestras relaciones con las Repúblicas americanas con tratados de comercio, porque creo que así conviene, no sólo al bien de aquellas que fueron nuestras provincias, hoy estados florecientes, sino también al de la madre patria. He dicho. *(Grandes aplausos.)*

El Sr. Presidente: Después de haberse escuchado los discursos de los señores que acaban de hablar, paréceme á mí que un Representante de América debe poner fin dignamente á esta sesión. Si los demás señores no lo toman á mal, yo invitaría al Sr. Ministro del Uruguay para que nos hiciera oir su elocuencia.

El Sr. Zorrilla de San Martín (Ministro del Uruguay): *Sr. Presidente:* Señores, yo agradezco de todo corazón la designación que se hace de mí para representar de una manera tan inesperada á mis dignos compañeros. Me considero indigno personalmente de tal representación, y me creo inhabilitado para dar forma en una angustiosa improvisación á las ideas y sentimientos que acaban de brotar en mi espíritu al calor de la palabra elocuente de los oradores españoles que han ofrecido á mi dulce patria americana sus protestas de amor y generosa fraternidad; pero, felizmente, de lo que abunda el corazón, fácilmente habla la lengua, y mi lengua os hablará, señores, en el lenguaje desaliñado pero ingenuo del corazón conmovido.

¿Se trata de traer, señores, el eco de la simpatía americana para que resuene en medio de vosotros? ¿Se trata de traer un latido íntimo del corazón americano para que, fundiéndose con los del corazón español, formen un solo acorde que se eleve al cielo pidiendo bendiciones para nuestra empresa y nuestras esperanzas? Puedo traerlo con sólo hacer latir mi corazón, pues estoy seguro de que en él palpita América. (*Aplausos.*)

Es verdad que en un tiempo pasado nos dividieron disensiones inevitables en la

© CSIC / UNIA. El Centenario: Revista ilustrada (Madrid, 1892-1893). Tomo I.

historia de la humanidad, porque era imposible que un pueblo, aunque coloso como España, tuviera eternamente unido un continente tan grande. Era un monstruo geográfico, etnológico y aun político y tenía que desmembrarse como todo lo monstruoso; allí había simientes de árboles gigantes que no podían caber en un solo vaso; fronteras demarcadas por la mano de Dios que había establecido el curso de inmensos ríos, trazado la dirección de montañas inaccesibles; que aquí enviaba lluvia de fuego en los rayos tropicales y allá la nieve perpetua que amortaja las cumbres y aun los llanos, y que hacía sentir la influencia de esos agentes en el hombre, formando distintas naturalezas, distintos caracteres, distintos pueblos.

Pero es indudable también que si por leyes providenciales pudieron romperse los vínculos políticos entre España y las colonias españolas, no se han roto jamás ni podrán romperse los vínculos de la fe, de la sangre, de las tradiciones que nos son comunes, que constituyen nuestro orgullo; tradiciones españolas que identificamos con nuestras tradiciones nacionales, que identificamos con la patria independiente, porque sin la noble genealogía de la patria casi me consideraría inhabilitado para hablar en el seno de España, á la que debo un generoso hospedaje; porque acaso podrían creerse mis palabras inspiradas sólo en la gratitud hacia el cariñoso hospedaje que recibo en vuestro seno amigo; pero como tantas veces en mi país he sido el campeón de la unidad entre España y América; como tantas veces y en formas tantas he proclamado, seguro de vosotros, ese vivo anhelo de mi espíritu, debo invocar este antecedente para que sólo se vea en mis palabras el eco de antiguas convicciones y de sentimientos profundos y perdurables.

Nosotros, señores, y las Repúblicas americanas en general, podemos y debemos recordar las glorias nacionales de la época de la independencia, pero no podemos, por ningún concepto, aceptar la depresión del que fué entonces nuestro adversario, porque la misma grandeza de ese adversario, la misma excelsitud de sus héroes de entonces como de siempre, es precisamente lo que agiganta nuestra independencia. *(Muy bien, muy bien. Aplausos.)* Nos levantamos sobre la derrota parcial y transitoria de un coloso, del coloso de los siglos, de la noble España, de la raza madre, que ha sido durante mucho tiempo la protagonista en la historia, de la que, al mismo tiempo que clavaba la cruz de Castilla saludada por los gritos de alegría en las playas de América, clavaba esa misma cruz trazada en el campo blanco de su bandera, en las almenas gloriosas de la torre Bermeja de Granada salvando la civilización cristiana en el mundo. *(Grandes aplausos.)*

No es, por consiguiente, un sentimiento del corazón el que nos hace reclamar la unión de sangre con España; es un sentimiento de orgullo. Es cierto que no es extraño, señores, que yo manifieste mi amor á España, cuando siento en mi corazón los ecos de las primeras plegarias oídas en el regazo materno, porque allí las madres arrullan á sus hijos con los mismos cantos con que á vosotros os arrullan vuestras madres. No es extraño que yo, si siento ofender el nombre de España sienta un impulso irresistible á salir á su defensa, porque entonces me parece sentir que se

© CSIC / UNIA. El Centenario: Revista ilustrada (Madrid, 1892-1893). Tomo I.

mueve el polvo de mi sangre en la tumba veneranda de mis abuelos reclamándome imperiosamente el santo tributo filial. (*Grandes y estrepitosos aplausos.*)

Sí, señores; nada de extraño hay en ello; ningún mérito entraña, porque es el cumplimiento de leyes del corazón que se imponen hasta al bruto; pero es que además tenemos el orgullo de descender de España, porque creemos que ésta, como he dicho antes, ha sido la protagonista más grande de la humanidad, la madre de los héroes sin segundo, el ejemplo de los grandes patriotismos, la ejecutora ó conservadora de los grandes ideales en las épocas ya prósperas, ya desgraciadas por que atraviesan todos los pueblos. No nos limitamos, pues, los americanos á reconocer que España es nuestra madre, no, que queremos que lo sea; no es que sólo queremos que lo sea, es que nos envanecemos porque lo es. (*Grandes y entusiastas aplausos.*)

Ahora os puedo afirmar, señores, que América piensa como yo; que América identifica las glorias españolas con sus glorias nacionales. Por eso, al mismo tiempo que el Perú ha hecho no hace muchos meses la apoteosis de Pizarro; al mismo tiempo que Chile levanta la estatua de su descubridor Valdivia, y Buenos Aires da el nombre de su fundador á una de sus calles, Montevideo vota la erección de la estatua de D. Bruno Mauricio de Zavala, su ilustre fundador español. Es la protesta de bronce que dice al mundo que si, como he dicho antes, por leyes providenciales pudieron romperse vínculos políticos, no pueden romperse los vínculos de la sangre, de la fe y del idioma.

Por eso yo he hecho en otra ocasión un voto, y lo reproduzco diciendo que si es cierta aquella peregrina presunción geológica, según la cual España fué el cerebro, etnológicamente considerada, de un inmenso continente, que las grandes revoluciones sumergieron en el Atlántico, dejando, como miembro insepulto, al continente americano, que esa atrevida suposición se realice moralmente en el tiempo: sea España la cabeza; palpite en América el corazón, mientras circula por todo este inmenso organismo, dueño acaso del porvenir, como savia vivificante, la sangre y los recuerdos de los Cortés, de los Pizarro, de los Garay, de los Pedro Valdivia, de los Juan Díaz de Solís, y de los Bruno Mauricio de Zavala. (*Muy bien, muy bien. Nutridísimos aplausos.*)

El Sr. Presidente: Se levanta la sesión.

Era las once y media.

© CSIC / UNIA. El Centenario: Revista ilustrada (Madrid, 1892-1893). Tomo I.

ESCUELA DE ESTUDIOS
HISPANO-AMERICANOS
BIBLIOTECA

© CSIC / UNIA. El Centenario: Revista ilustrada (Madrid, 1892-1893). Tomo I.

ESCUELA DE ESTUDIOS
HISPANO-AMERICANOS
BIBLIOTECA

© CSIC / UNIA. El Centenario: Revista ilustrada (Madrid, 1892-1893). Tomo I.